

Reseña de Pilar Montero Curiel

Los procesos de palatalización y sus efectos en el sistema fonológico del castellano

Tirant Humanidades, 2025 (157 pp.), ISBN 9788410814745

Review of Pilar Montero Curiel

Los procesos de palatalización y sus efectos en el sistema fonológico del castellano

Tirant Humanidades, 2025 (157 pp.), ISBN 9788410814745

Rosa María Espinosa Elorza

(Catedrática jubilada de la Universidad de Valladolid)

<https://orcid.org/0000-0001-8878-6885>

Esta monografía, fruto de un esfuerzo encomiable, ofrece una magnífica síntesis de gran parte de los estudios publicados sobre la palatalización, aporta valiosas referencias a la situación en otras lenguas y dialectos peninsulares e invita a analizar aspectos que, no por repetidos en la bibliografía como indiscutibles, deben replantearse con las herramientas que las distintas ramas de la fonética y los corpus ponen hoy a nuestra disposición.

Para la autora, en el ámbito de la palatalización “se encuentra uno de los cambios más fascinantes en la evolución del latín a las lenguas románicas” (p. 11), si bien en el libro no se concibe la palatalización como un cambio único y general, sino que se presta atención individualmente a un número considerable de cambios producidos por palatalizaciones de diverso tipo.

Los doce capítulos de este libro están dirigidos con un tono adecuado a estudiantes universitarios y a estudiosos de la fonética y de la fonología históricas, con dos objetivos fundamentales: a) organizar los distintos procesos tratados en la bibliografía y b) proporcionar una buena base para avanzar en su conocimiento. En el capítulo introductorio se explica cómo en latín hablado alófonos palatales se convierten en verdaderos fonemas. Asimismo, se aporta una cronología relativa de los cambios en contextos con yod y en otros que no la presentan. El capítulo segundo se centra en la falta de consenso en la caracterización del concepto de yod. La autora recuerda la definición de Menéndez Pidal (1973 [1904]) antes de señalar las consideraciones de otros autores, como Barra Jover (1994, pp. 181-182 y 186-187), para quien es “un formante palatal que procede de varios lugares (una semiconsonante entre ellos) y

que puede incidir en consonante y vocal (*noche, hice*). Solo en consonante (*fuerza, año*) o solo en vocal (*nervio, durmiendo*)”. Montero Curiel combina la concepción pidaliana con algunos puntos tratados por Barra Jover, como las palatalizaciones ante vocal palatal y los resultados palatales de laterales y nasales geminadas latinas.

En el capítulo tercero se distinguen cinco apartados para explicar los contextos que favorecen las palatalizaciones por yod: a) la importancia de los diptongos con semiconsonante o semivocal palatal, b) la tendencia antihiática en latín hablado, c) la vocalización de consonantes implosivas, d) los procesos de síncope vocálica o consonántica, y e) la metátesis de yod tras el paso de hiato a diptongo. Todos ellos incitan a los investigadores a ahondar en el fenómeno de la diptongación. En a) podemos reflexionar si las vocales *ě* y *ǫ* tónicas dieron lugar directamente a un diptongo, como se afirma tradicionalmente. Tanto en opinión de Alarcos (1974), quien reconocía un estado primitivo [iə] a partir de la *ě* tónica, como en la de Lloyd (1993) o en la de Purczinsky (1969-1970), defensores del hiato en la primera etapa, con quienes coincidimos (Espinosa, 2025), la primera fase manifiesta dos vocales en sílabas diferentes y de ahí, en algunas lenguas, se pudo pasar al diptongo; por lo tanto, cuando se habla de la tendencia antihiática en latín hablado, inmediatamente hay que relacionar los apartados a) y e) con el apartado b). En cuanto a c), no toda consonante implosiva evoluciona a vocal palatal: aunque lo normal sería que una lateral velarizada implosiva evolucionara a una vocal velar (*alteru* > *autro* > *outro* > *otro*), esa lateral puede asimilarse a la dental siguiente: [lt > tt > it] (toscano *aitro*, occitano *aitre*, leonés *oitre*). Algo similar ocurre con *ct*: lo lógico sería que una consonante velar implosiva se convirtiera en una vocal velar, *pactu* > aragonés *pauto*, pero lo habitual es que la velar se asimile a la dental siguiente y vocalice en palatal: *octo* > italiano *otto*, gallego-portugués *oito*, castellano *ocho* (Espinosa, en prensa). Finalmente, de la lectura del apartado e) se infiere la urgencia de un estudio amplio sobre la metátesis.

El capítulo cuarto versa sobre los tipos de yod y su cronología. Aunque sigue vigente el planteamiento cuatripartito de Menéndez Pidal (1973 [1904]), a los lectores especializados y a los profesores que imparten el tema se les plantean numerosos interrogantes: “las explicaciones suplementarias sobre cultismos, geminadas en latín vulgar, grafías primitivas confundidas y préstamos de otras lenguas románicas obligan a muchos autores a dudar de este esquema” (Lathrop, 1984, p. 125). Si la yod primera no afecta a las vocales, habría que explicar por qué *metio* > *mido*; si

la segunda con lateral inflexiona las vocales medias abiertas, debería analizarse por qué con nasal no se comporta igual; respecto a la tercera, no se hacen explícitas las causas del cierre de las abiertas y de la vacilación en las cerradas, además de las relativas a los resultados coincidentes con los de la yod primera, como *verecundia* > *vergüenza*, *viridia* > *berza*, *hordeolu* > *orzuelo*, *gaudiu* > *gozo*, e incluso *badiu* > *bazo* / *bayo* o *radia* > *raza* / *raya*; y en la cuarta, verdadero cajón de sastre, podrían redistribuirse los subgrupos y justificar por qué no afecta siempre a las vocales cerradas. En definitiva, se precisa un análisis exhaustivo de cada tipo, como hizo con la yod segunda Rost Bagudanch (2011), quien aplicó los conocimientos que ofrece la fonética sincrónica, como los experimentos acústicos, al estudio de los cambios diacrónicos, método imprescindible para formalizar una nueva clasificación.

En el capítulo quinto, acerca de los efectos de la yod sobre las consonantes, se incluyen los casos de palatalización por vocal palatal. Si el resultado de *c* + *i* o *e* es el mismo que el de *c* + yod, la autora asume un concepto más amplio de yod, en el que no hace falta la presencia de un diptongo. Por otra parte, sigue denominando *grupos* a *c* o *t* + yod, término en cuya definición debería profundizarse. En otro orden de cosas, es necesario ahondar en las causas por las que *t* + yod y *c* + yod dieron el mismo resultado, concebido tradicionalmente como un sonido dentoalveolar africado cuando hay pruebas a favor de que fuera fricativo dentalizado: obsérvese la grafía de *Celca* por *Celsa* en un documento de 1034 del monasterio de Santa María de Otero de las Dueñas o el préstamo galo *quiza* –del pronombre *qui* + el adverbio *ça* < *ecce hac*–, que, por su pronunciación, se relaciona en castellano con *saber*, como en la variante *quisab(e)* en el *Poema de Mio Cid*, los *Judizios de las estrellas* y el *Libro de los cien capítulos* (Espinosa, 2014). Es más: “Los franceses tenían la costumbre de reproducir con su *ce*, *ci* = *ss* la *ç*, *c* española, y nuestra *z* con la suya” (Alonso, 1967, p. 157).

En cuanto a la yod segunda, se afirma que el resultado nasal palatal coincide con el de la “degeminación de *nn*” (p. 68). Cuando se trata de *n* + yod, la palatal nasal se puede representar por *nn*, por su abreviatura *ñ* o por las grafías *ni*, *in*, *ny*... En el caso de *annu* o *autumnu* no se puede hablar de palatalización por algún elemento presente en el vocablo a no ser que pensemos en la influencia de la vocal velar siguiente. Podríamos pensar que *annu* > *anno*, *año* se llegó a pronunciar con nasal palatal por influjo de las grafías que, en los casos de palatalización por yod, tenían ese sonido. Respecto a las fases evolutivas de la yod segunda de *l* + yod, no creemos

que la primera fuera una lateral palatal que luego pasó a prepalatal fricativa sonora, como en *palea* > *palia* > *palla* > *paia*, *paja*, sino que habría que considerar dos opciones diatópicas: por un lado, la solución palatal central *ll* y, por otro, la solución prepalatal *i*, *j*, como en *auricula* > leonés *orella* / castellano *oreia*, *oreja*. En el caso de *ll*, como el latín *valle* > *valle* (p. 70), si no se toma en cuenta la vocal palatal de la sílaba final, quizá podría explicarse como una lectura influida por la grafía de uno de los resultados de *l* + yod.

En la yod tercera se mencionan los casos de *d* + yod coincidentes con el resultado de la yod primera: *berza*, *vergüenza*, *gozo*. No debe sorprender, ya que *t* + yod tuvo que pasar por una etapa *d* + yod en contexto intervocálico, por lo que deberían incluirse en el mismo tipo. También en este apartado la autora relaciona la yod tercera con la palatalización de *g* + vocal palatal (*generu* > *yerno*), lo cual incide en una definición más amplia de yod, al igual que cuando habla de “yod inicial semiconsonántica seguida de vocal velar”, como en *junco*, *junio*, *julio* (p. 84).

En la yod cuarta incluye *ct*, *x* [ks] y *ult*, que no son grupos porque las consonantes pertenecen a sílabas diferentes. La evolución no sería [kt > χt > ht > it > tʃ], sino [kt > tt > it > tʃ], con asimilación de la velar a la dental siguiente. La dental implosiva vocalizaría y esa vocal palatalizaría la dental explosiva. Tampoco convence la evolución [ks > hs > iʃ > ʃ > x] sin probar que una consonante aspirada puede evolucionar a vocal. Habría una fase de debilitamiento de la velar, que pasaría a sonora y, como en el caso de *g'l*, vocalizaría. En *lt*, también tendríamos asimilación, vocalización y palatalización.

Respecto a la metátesis de yod tras *p*, *r* y *s*, se considera una hipotética fase con “monoptongación” [é̃ > *ée], como en *capio* > [kápjo > káipo > kéipo > *kéepo > képo]. En nuestra opinión, se produjo, simplemente, la pérdida de la vocal más débil del diptongo, como también ocurre en los ejemplos que incluye la autora en los casos de yod de síncopa, como *ama(v)i* > [amáĩ > amé̃ > *amée > amé].

En el capítulo sexto se discute la inflexión. La yod primera no inflexiona las vocales tónicas, excepto en *metio* > *mido*. La segunda afecta a las abiertas, pero *vetulu* > *viejo*, *somniu* > *sueño*. También hay excepciones en la tercera y parece que no las hay en la cuarta, pero no faltan: *strictu* > *estrecho*. Para Alarcos (1965, p. 950): “siendo los contextos con yod relativamente escasos, no pudo llegarse a una generalización total de las variantes características”. Habría que investigar si esos contextos son, realmente, tan escasos.

Omitimos el comentario relativo a los capítulos séptimo, sobre la *wau*, y undécimo, sobre refuerzos de semiconsonantes palatales iniciales, ya que no tratan de la palatalización. El primero de ellos se circunscribe al cierre de la *a* en términos que presentan el diptongo latino *au* (*auru* > *ouro* > *oro*) o el que se forma en romance por vocalización de una lateral implosiva (*alteru* > *autro* > *outro* > *otro*), por síncope de una vocal (*amaui(i)t* > *amáu* > *amóu* > *amó*) o por metátesis (*sapuit* > *saupe* > *soupe* > *sope*). Se parece a la yod en la inflexión de una vocal, pero es una velarización. El capítulo undécimo tampoco habla de la palatalización, sino de la consonantización de una semiconsonante palatal presente en el diptongo [jé], como en *hiedra*, *yedra*, del latín *hēdera*.

En el capítulo octavo, sobre los “grupos” *cl-*, *fl-* y *pl-*, se nos plantea la duda de si, en origen, lo eran. Las evoluciones de *blasphemare* > *lastimar*, *glattire* > *latir*, *globellu* > (*l*)ovillo o *flaccidu* > *lacio*, con pérdida de la inicial, sugieren que no podemos considerar la primera consonante como la más fuerte, salvo en italiano, lengua en la que la lateral vocaliza: *clave* > *chiave*, *flore* > *fiore*. En otras lenguas acaban dando palatales laterales, como en castellano, con yeísmo en determinadas zonas; prepalatales sordas en gallego-portugués; mantenimiento de la primera consonante y resultado palatal lateral en la segunda (*pluma*, *cllau*, *flama*) en las hablas ribagorzanas; o africada palatal sorda: *amplu* > *ancho*, *inflare* > *hinchar* en algunos términos. Podemos pensar en una frontera silábica entre las dos consonantes: *plicare*, ejemplo en el que la lateral va seguida de vocal palatal, que pudo atraerla a su zona: *pllegar*, *llegar*. No hay estudios sobre si sucede lo mismo cuando sigue una vocal velar, como en *pluvia* > *lluvia*, o una *a*, como en *clave* > *llave*; esto es, si vocales distintas a *i* y a *e* atraen a las consonantes a la zona palatal.

El capítulo noveno analiza la palatalización de las geminadas *-nn-*, *-ll-*. Si obviamos la teoría de Alarcos (1974) de las variantes fuertes nasales y laterales y la de Lloyd (1993, p. 391) –“La lengua... podría aumentar su superficie de contacto con la zona alveolopalatal” para diferenciar las variantes dobles de las simples–, podemos plantearnos la hipótesis de que la grafía de términos con resultado palatal pudo influir en el sonido de otros con grafía coincidente. Por ejemplo, si *filiu* da *fillo*, con lateral palatal, cabría plantear la duda sobre si *valle*, del latín *valle*, se pronunciaría, en principio, con geminada o como el resultado lateral palatal de *l* + yod. Lo mismo suponemos en las nasales: si *somniu* da *suenno*, *sueño*, con nasal palatal, podemos pensar que *anno*, *año*, procedente del latín *annu*, se pudo pronunciar con la palatal que resultó de *n* + yod.

El capítulo décimo trata de la palatalización de *l-* y *n-*, como *llugar*, *llado*, *llubina*, *llar*, *yíngua*, en asturiano o *lliebre* en aragonés (pp. 131-134). También en las zonas pertenecientes al antiguo reino de León y en textos aragoneses o influidos por el aragonés observamos *ño(n)*, *ñido*, *ñascer*, *ñubloso*, *ñiebla*, aspecto menos estudiado.

En el duodécimo, Montero Curiel reitera que su objetivo principal ha sido “poner orden en el proceso fonológico que condujo hacia el nacimiento de los fonemas palatales en castellano”, cuyo “primer escollo ha sido la delimitación del concepto de yod” (p. 141). Su razonamiento final es claro: “aún no está todo escrito sobre la evolución de las palatales” (p. 145).

En conclusión, la síntesis de lo mucho que se ha publicado acerca de este tema en español, nunca en un volumen conjunto, resulta de gran utilidad para poder reafirmar o contradecir las teorías tradicionales. Esta obra pone el dedo en la llaga sobre los aspectos más controvertidos y señala la necesidad de investigaciones que ayuden a encontrar las explicaciones que faltan. Sin duda, este libro va a servir de revulsivo para avanzar en el análisis de los procesos de palatalización.

Referencias

- Alarcos Llorach, E. (1965). Efectos de la yod sobre la vocal tónica. En *Actes du X^e Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes*, III (945-950). Klincksieck.
- Alarcos Llorach, E. (1974). *Fonología española*. Gredos.
- Alonso, A. (1967). *De la pronunciación medieval a la moderna en español*. Gredos.
- Barra Jover, M. (1994). Reflexiones sobre el concepto de yod. *Revista de Filología Española*, LXXXIV, 181-187.
- Espinosa Elorza, R. M. (2025). Los resultados del pronombre latino *ĒGO*. La importancia del estudio de las variantes del leonés dentro del ámbito románico. *Zeitschrift für Romanische Philologie*, 141(2), 1-18. <https://doi.org/10.1515/zrp-2025-0020>.
- Espinosa Elorza, R. M. (2014). Adverbios de cantidad, foco, polaridad y modalidad. En C. Company (Dir.). *Sintaxis histórica de la lengua española. Tercera parte: Adverbios, preposiciones y conjunciones. Relaciones interoracionales* (pp. 939-1115). UNAM y FCE.
- Espinosa Elorza, R. M. (en prensa). Propuesta explicativa del resultado vocálico palatal de la consonante lateral implosiva. En C. Gutiérrez y M. J. Torrens (Eds.), *Aportaciones de la filología y de la fonética al estudio del castellano temprano*, número monográfico de la *Revista de Historia de la Lengua Española*. Fernández Flórez, J. A. y Herrero de la Fuente, M. (1999). *Colección documental del monasterio de Santa María de Otero de las Dueñas, I (854-1108)*. Centro de Estudios e Investigación “San Isidoro”, Caja España de Inversiones y Archivo Histórico Diocesano-Lathrop, Th. A. (1984). *Curso de gramática histórica española*. Ariel.

- Lloyd, P. M. (1993). *Del latín al español. I. Fonología y morfología históricas de la lengua española*. Gredos.
- Menéndez Pidal, R. (1973 [1904]). *Manual de gramática histórica española*. Espasa-Calpe.
- Purczinsky, J. (1969-1970), A neo-Schuchardtian theory of general Romance diphthongization. *Romance Philology*, 23, 492-528.
- Rost Bagudanch, M. A. (2011). *Variación en los procesos de palatalización de yod segunda (o cómo la sincronía permite la explicación de la diacronía)*. [Tesis doctoral, Universitat de Girona].